

ÁNGEL VALBUENA PRAT:
LA AMPLIFICATIO DE UN MAGISTERIO
INMORTAL

GONZÁLEZ RAMÍREZ, David (coord. y ed.). *Lienzos de la escritura, sinfonías del recuerdo: el magisterio de Ángel Valbuena Prat*. Anejos de *Analecta Malacitana*. Universidad de Málaga, 2012.

Hace unos meses atrás, en un simple ejercicio académico, dediqué mis primeras palabras a la figura del poco conocido para mí Ángel Valbuena Prat. A mis ojos, su obra era hasta entonces un pecio en el fondo del mar de la crítica de la literatura en la que naufrago desde que me embarqué en la aventura de la Filología. Esta breve declaración bien podría ser una *captatio benevolentiae* al uso, pero el simple hecho de que sienta curiosidad por autores de la crítica e historiografía me permite tener una perspectiva cada vez más global de cómo se han ido construyendo la recepción y el canon de nuestra literatura.

Menéndez Pelayo, que nunca escribió una historia literaria *tout court*, aunque ofreció ideas capitales para su realización, reclamaba, en su práctica filológica, permanentemente la atención que hay que dedicarle a los textos desde la crítica y la historia literarias. Fueron precisamente las obras literarias las que salvaron al profesor Valbuena Prat de una vida a caballo entre ocasos y esplendores. Puede resultar tarea sencilla analizar, detallar, observar y descomponer las obras de

un autor con la perspectiva que concede el paso del tiempo. Esa quietud que, desde un envite relajado, resulta ser el escenario idóneo para absorber el néctar de nuestros antecesores. Sin embargo, ante situaciones de calamidad en un contexto de posguerra cuesta entender cómo un estudioso de la literatura, marginado, pudo abstraerse y rebelarse contra el mundo social y dedicarse a los placeres de la lectura e interpretación.

Me pregunto si don Ángel, como le llamaban sus alumnos, sabedor de constituir una figura reputada en el mundo universitario, podría en su ilustre humildad imaginar que, tal y como él escudriñara en su mesa de operaciones a toda una extensa nómina de autores, sería igualmente examinado casi tres cuartos de siglo después de la primera edición de su *Historia de la literatura española* (1937). Esta introspección es, en mi opinión, un acto de justicia académica que ayuda a saldar una deuda que jamás podrá ser lo suficientemente restaurada. En un nuevo anejo de la revista *Analecta Malacitana*, preparado y coordinado por el joven profesor David González Ramírez (autor de varios de los trabajos que contiene el volumen), se afirma que la magna historia de Valbuena Prat «creció en cautividad» y que la censura de su época impidió que la obra floreciera todo lo que su autor hubiese anhelado.

Esta monografía en forma de homenaje al magisterio de su persona (que no solo como profesor) conforma todo un recorrido por su vida y obra. La biografía que precede al conjunto de artículos de diferentes

estudiosos viene configurada por materiales de diversa índole que González Ramírez ha recopilado e hilvanado, como testimonios (de antiguos alumnos y familiares) o entrevistas. Titulada significativamente «Ángel Valbuena Prat: una biografía en tres actos», el profesor González Ramírez ha realizado una original semblanza en la que se fusionan datos objetivos sobre su trayectoria con palabras elogiosas de cuantos tuvieron el placer de conocerlo en vida. Con los materiales recogidos se da fe de una prolífica vida tanto académica como personal, tan apasionante como desesperante, en la que su producción (y finalmente su tesón) acabaría determinando el cauce de su vida.

Valbuena Prat nació en Barcelona en 1900, inaugurando así un siglo convulso. Tras realizar sus estudios universitarios en Madrid bajo el magisterio de profesores como Menéndez Pidal y Américo Castro, pronto culminó su tesis doctoral con un trabajo sobre los autos sacramentales de Calderón; en este centro estuvo como profesor ayudante durante varios cursos hasta que consiguió a sus veinticinco años una cátedra universitaria. Con la llegada de la dictadura Valbuena sufrió un «furor persecutorio, fanático y sectario», debido a algunos comentarios que destiló en su *Historia de la literatura española*. Estas apreciaciones (sobre la figura de Felipe II, la visión de la Generación del 98 y, principalmente, el fusilamiento de García Lorca) provocaron que en la editorial Gustavo Gili, donde se publicó la obra, se gestase a finales del 39 o principios del 40 una inteligente

maniobra para sacar del mercado la primera edición y lanzar otra edición clandestina (con el mismo pie de imprenta), en la que se perciben hasta una treintena de modificaciones en las que Valbuena, a pesar de su carácter apolítico, se vio obligado a modificar pasajes susceptibles de ser sancionados duramente por parte de un régimen que tenía en su punto de mira a todos aquellos intelectuales que pudieran poner en duda su legitimidad. Esta trama fue desvelada hace algunos años en un interesante artículo del coordinador de este volumen, que acaba de publicar en varias revistas un penetrante trabajo en cinco entregas (la primera aparecida en las páginas de *Revista de Literatura*) sobre la gestación y evolución de la *Historia de la literatura española* desde su fase de composición hasta la edición póstuma cuidada por Prieto y Palomo.

Dado que a Valbuena Prat le fue imposible exiliarse con toda su familia, su respuesta a esta «política de represión» fue dedicarse con ahínco «a preparar ediciones, monografías y artículos», aunque desde este momento quedará señalado en la universidad española, y su gran *Historia de la literatura española* entró en régimen de vigilancia. Díaz-Plaja, uno de sus colaboradores, reflexionó en unas interesantes páginas sobre su estado de «tolerado» del régimen franquista, pues Valbuena Prat fue desterrado de la prestigiosa Universidad de Barcelona a la humilde Universidad de Murcia tras un vacío de más de tres años excluidos de la docencia.

Aunque esta etapa en la capital murciana se extendiera mucho más

de lo que su imaginación hubiera podido trazar en un principio, lo cierto es que en aquel ambiente que se le antojaba plomizo y monótono encontró un resquicio por el que respirar y trabajar a partes iguales. Durante estos años tuvo ocasión de preparar multitud de monografías y ediciones, entre ellas su reputada *Historia del teatro español* (1956) o varias refundiciones de su *Historia de la literatura española*. Este proyecto le supuso un gran reconocimiento al tiempo que le ocasionó importantes quebraderos de cabeza; la obra se vio visiblemente erosionada debido a la implacable losa de la censura del momento y también a las continuas cortapisas del editor.

Entre los diferentes estudios que componen el volumen destacan los redactados por sus alumnos (Sobejano, Barceló, Prieto, Palomo, Agulló, Morote, etc.), donde evocan con nostalgia anécdotas de las clases, de sus vivencias en la ciudad y, principalmente, de su relación con el profesor y amigo. De entre los estudios que abarca esta inmensa monografía, quisiera destacar el brillante ensayo de Lara Garrido (de más de un centenar de páginas) en el que alza por encima de todo la figura de Ángel Valbuena Prat como un «valorizador crítico» de la literatura, único en la historia que supo establecer un diálogo con el lector en una obra «con sentido, empaque de relato y amplias miras culturales».

Además de su historia literaria, la labor más destacada de Valbuena se centró en el teatro. El profesor Díez de Revenga dedica un ensayo en el

anejo sobre su pasión calderoniana en el que afirma que «pone orden en un amplio campo literario acotando definitivamente la importancia del género en nuestra cultura barroca y, sobre todo la de Calderón». Valbuena se caracteriza por analizar en profundidad el pensamiento teológico y filosófico de Calderón con el que probablemente se pudiera sentir más cercanía en su idea binomial de la vida como sueño y su concepción religiosa en la línea del teatro litúrgico. Extraigo una cita del propio Valbuena enormemente reflexiva: «Lope es un genio que vive; Calderón es genio que piensa».

Otros muchos ensayos componen esta riquísima monografía en rendido homenaje a Valbuena Prat, en los que, aunque no me pueda detener con minuciosidad, al menos me gustaría dejar alguna pincelada; C. Castillo ha evaluado su extensa labor como editor de textos literarios; L. Romero Tobar ha analizado con detalle un tema que Valbuena comenzó a discernir por los años treinta: Modernismo frente a 98; T. Domínguez ha escudriñado con esmero la intensidad poética reflejada en su obra *Dios sobre la muerte*; A. Pego ha estudiado la aportación de Valbuena Prat a los estudios de literatura religiosa; finalmente, A. Martín se ha centrado en una obra póstuma de singular valor: *Literatura castellana*. Cierra el volumen una bibliografía ordenada por el mismo coordinador, donde se recogen en serie sus monografías, artículos, capítulos de libro, reseñas, etc.

Una multitud de fotografías asoman entre las páginas y páginas de un

libro lleno de recuerdos y nostalgias para dialogar con el lector y tenderle el rostro amable de este humilde, inconformista y autárquico profesor universitario y poeta, como gustaba denominarse. Este anejo es un deleite, una ofrenda tanto para aquellos que ya conocían a don Ángel (por el carácter introspectivo de su concepción como homenaje personal) como para cuantos solo hemos aprendido de él a través de las páginas de su historia o de sus ediciones.

Como herederos un rico legado histórico-cultural, estamos en deuda con la verdad. Nuestros antecesores en circunstancias muy desfavorables arriesgaron sus sueños y sus vidas para perpetuar un patrimonio literario que hoy en día está al alcance de todos. Gracias a la intensa labor realizada hasta nuestros días por los que ahora reconocemos como grandes nombres de la Filología (desde Amador de los Ríos hasta Manuel Alvar, pasando por Menéndez Pelayo, Menéndez Pidal, Dámaso Alonso, Rafael Lapesa o Emilio Orozco), se han forjado los pilares de una disciplina vigorosa y merecedora de un mayor encomio siquiera por parte de la comunidad universitaria. Debemos adquirir el compromiso de legitimar la labor filológica con nuestra tarea y con los muchos descubrimientos que arrojarán aún más luz a un pasado del que tenemos aún mucho que aprender. Sin olvidar, claro está, que todos somos enanos que caminamos a hombros de gigantes.

Nerea VIECO
Universidad de Córdoba
n.vieco87@gmail.com